

Felipe II y Almazarrón : la construcción local de un Imperio. I, Vivir, defender y sentir la frontera global / María Martínez Alcalde y José Javier Ruiz Ibáñez(editores).-- Murcia : Universidad de Murcia, 2014.

447 p.-- (Editum)
ISBN.: 978-84-16038-33-6

España-Historia-1517-1700 (Casa de Austria)
Martínez Alcalde, María
Ruiz Ibáñez, José Javier
Universidad de Murcia. Servicio de Publicaciones.

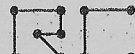
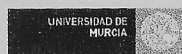
94(460)''15''

1ª Edición, 2014

Reservados todos los derechos. De acuerdo con la legislación vigente, y bajo las sanciones en ella previstas, queda totalmente prohibida la reproducción y/o transmisión parcial o total de este libro, por procedimientos mecánicos o electrónicos, incluyendo fotocopia, grabación magnética, óptica o cualesquiera otros procedimientos que la técnica permita o pueda permitir en el futuro, sin la expresa autorización por escrito de los propietarios del copyright.

- © Colección: Vestigios de un mismo mundo, nº 7
- © Director de la serie: José Javier Ruiz Ibáñez
- © Fotografía de portada: Juan Sánchez Calventus. Castillo de los Vélez de Mazarrón

Edita:



RED COLUMNARIA

AYUNTAMIENTO DE MAZARRÓN

Han colaborado en la elaboración de este volumen:

f SéNeCa⁽⁺⁾

Agencia de Ciencia y Tecnología
Región de Murcia



CAMPUS MARE NOSTRUM



Hispanofilia, la proyección política
de la Monarquía Hispánica (II):
políticas de prestigio, migraciones
y representación de la hegemonía (1560-1650)

Ministerio de Economía y Competitividad,
HAR2011-29859-C02-01



Asamblea Regional
de Murcia

© Universidad de Murcia, Servicio de Publicaciones, 2014

ISBN: 978-84-16038-33-6

Depósito Legal: MU-397-2014

Impreso en España -- Printed in Spain

Imprime: FgGraf, S.L.

fggraf@gmail.com

RELIQUIAS DE UNA DINASTÍA. EL TRASLADO DEL CUERPO DE MARÍA DE HUNGRÍA DE VALLADOLID A EL ESCORIAL (1574)

Lourdes Amigo Vázquez
Universidad de Valladolid

El 26 de enero de 1574, en la iglesia del convento de San Benito el Real de Valladolid, Pedro González de Mendoza, obispo de Salamanca, presentó la siguiente real cédula de su majestad:

Reverendos y devotos padres, abad, monges y convento del monasterio de Sant Benito de Valladolid. Ya sabéis cómo el año pasado de quinientos y cinquenta y ocho se depositó en ese monasterio el cuerpo de la serenísima reina de Ungría [...]. Y porque aora havemos acordado que el dicho cuerpo se traiga al monasterio de Sant Lorenzo el Real, donde ha de ser su enterramiento, os encargamos y mandamos que luego que con esta cédula fuéredes requeridos, deis y entreguéis el dicho cuerpo al reverendo in Xpo. padre obispo de Salamanca [...], a quien havemos nombrado para que lo resciba y venga en su acompañamiento, juntamente con otras personas, hasta el dicho monasterio [...]¹.

Los restos de María de Hungría debían ser llevados a El Escorial. Y es que dentro de la nueva concepción del poder desarrollada por Felipe II, este edificio se convertía en un elemento clave. No sólo era el trasunto del Rey Católico y de la institución que representaba: la Monarquía Católica o Hispánica. Se trataba del recinto funerario de la Casa de Austria y, por ende, pieza esencial en la fundamentación dinástica de la autoridad regia. Tampoco aquí faltaba el imprescindible manto sacro. Los antepasados, que ponían de manifiesto el carácter inmortal

1 Archivo General de Simancas (AGS), Patronato Eclesiástico (PE), Leg. 150, exp. 10.

y sagrado de la realeza, debían ser venerados como auténticas reliquias, en unos tiempos en los que el culto a los santos y a las reliquias estaba siendo impulsado por el propio monarca.

El traslado de los cuerpos de los familiares de Carlos V y de Felipe II, hasta entonces depositados en diversos puntos de España, fue realizado en 1573 y 1574. La imagen proyectada de Felipe II, a través a los múltiples resortes de la propaganda regia, tuvo un especial y directo impacto en los lugares por donde pasaron las solemnes y espectaculares comitivas fúnebres camino de El Escorial y, sobre todo, en las villas y ciudades donde se celebraron la entrega y salida de los cadáveres.

Y Valladolid, la otrora corte, fue una de ellas. Pero antes de detenernos en la celebración vallisoletana, cuidadosamente pergeñada por Felipe II y en la que confluyeron elementos urbanos y cortesanos, conviene dar algunos detalles sobre el marco general en el que se inscribía.

LA TRASLACIÓN DE LOS CUERPOS REALES A EL ESCORIAL

Como señala Fernando Checa, en el monasterio de El Escorial "ingresaron las más preciadas reliquias que podía reunir el Rey Prudente: las de los cuerpos de sus familiares difuntos". No en balde, "la idea dinástica era especialmente recurrente en la Casa de Austria, pues así encontraba una de sus más claras fuentes de legitimación"².

De esta forma, el denominado por sus contemporáneos "Octava Maravilla del Mundo", fue erigido en conmemoración de la victoria de San Quintín y para ser sepultura del emperador, Felipe II y la dinastía Habsburgo española. El Rey Prudente daba solución al problema planteado por Carlos I, el fundador de la Casa de Austria, quien en su codicilo, en 1558, encomendaba a su hijo su enterramiento³.

Con la capital de la Monarquía Hispánica establecida definitivamente en Madrid, en 1561, Felipe II podía empezar a dar forma a su proyecto. El panteón real no debía estar en Granada, como el de los Reyes Católicos, puesto que los Austrias no podían considerar el final de la Reconquista como un acontecimiento fundador o legitimador y, además, esta ciudad se encontraba en la periferia. El lugar elegido fue cerca del pueblo de El Escorial, a unos 45 Km. de Madrid, "haciendo coincidir el centro geográfico, el político y el simbólico", es decir, la residencia del rey vivo y la de los reyes muertos⁴.

Las obras se iniciaron en 1562. Cinco años después, Felipe II otorgaba la escritura de fundación y dotación de San Lorenzo el Real, en la que ya disponía que se llevasen los cuerpos reales. En 1568, el rey determinó hacer un primer traslado, a

2 CHECA, 1992, 251.

3 La obra clave sobre El Escorial es BUSTAMANTE GARCÍA, 1994.

4 VARELA, 1990, 22.

cargo del obispo de Salamanca y el conde de Oropesa. La reina Juana, su abuela, depositada en el convento de Santa Clara de Tordesillas, sería llevada a Granada, para ser enterrada con su esposo. A la vuelta, los cuerpos de la emperatriz Isabel, su madre, de la princesa María, su primera esposa, y de los infantes Fernando y Juan, sus hermanos, depositados en la Capilla Real de Granada, se llevarían hasta el monasterio de Yuste, junto al emperador, donde permanecerían hasta un posterior y definitivo traslado a El Escorial⁵. Pero, como recuerda a Pedro González de Mendoza, ya en 1573, "por algunos inconvenientes que se me representaron, acordé de diferirlo para adelante"⁶.

Los traslados se llevarán a cabo en 1573 y 1574, cuando una buena parte de la obra monasterial estaba concluida⁷. Se redactaron instrucciones muy detalladas sobre las fechas en que debían realizarse, las personas que integrarían las comitivas, el protocolo a seguir y las ceremonias a realizar. Hombres de confianza de Felipe II, que eran miembros destacados de los dos estamentos privilegiados, se situarían al frente de unos cortejos en los que tampoco faltarían los frailes y los oficiales de la casa real. Se aunaban, por tanto, tres esferas de poder, en cuya cúspide se encontraba el monarca: el religioso, el nobiliario y el palaciego. Es más, dichas traslaciones establecieron la planta del cortejo fúnebre de los Habsburgos españoles, la cual alcanzará su formalización más cumplida en tiempos de Felipe IV⁸.

El Rey Prudente ordenó que los primeros en llevarse a El Escorial fuesen Isabel de Valois, su tercera esposa, y el príncipe don Carlos, muertos en 1568 y depositados en Madrid, en los conventos de las Descalzas Reales y Santo Domingo el Real, respectivamente. La tarde noche del 5 de junio de 1573 tuvo lugar la entrega de los cadáveres, en ceremonias extremadamente sencillas y reducidas a unos pocos cortesanos. El féretro de la reina fue entregado al obispo de Salamanca y al duque de Arcos y el del príncipe al obispo de Zamora y al duque de Escalona. La comitiva, con ambos cuerpos, se puso en marcha desde Santo Domingo, ya

5 AGS, PE, Leg. 150, exp. 32; AGS, Casa y Sitios Reales (CSR), Leg. 258, f. 29.

6 *Ibid.*, CSR, Leg. 259, f. 210.

7 La documentación sobre estos traslados figura en AGS, PE, Leg. 150 (fundamentalmente cartas, informes..., recibidos por Felipe II y Gaztelu) e *Ibid.*, CSR, Leg. 259, f. 173-348 (sobre todo cartas de Felipe II). BUSTAMANTE GARCÍA, 1994, 272 y CHECA, 1992, 251-252, tratan de forma somera estos traslados. Con mayor profusión se dedica VARELA, 1990, 22-28 y 88-98 y figs. 2-5. Asimismo, debemos citar a dos autores de la época: SIGÜENZA, 1605 y SAN JERÓNIMO, 1845, que se detienen en las ceremonias en El Escorial.

8 VARELA, 1990, 88-92 y fig. 20. El orden de la comitiva era el siguiente: abriendo el paso, los clarines roncros y timbales, seguidos de varios alguaciles de corte. A continuación, doce religiosos por cada una de las cuatro órdenes mendicantes. Después iban dos alcaldes de casa y corte, doce gentilhombres de la casa, seis caballeros, seis gentilhombres de la boca, el guión de la capilla con dos pajes a los lados, doce capellanes de honor, cuatro grandes y cuatro mayordomos. Seguían las andas con el cadáver y a sus flancos doce pajes con hachas encendidas y doce moneros de Espinosa. Tenían la retaguardia el mayordomo mayor, como presidente del entierro, con el patriarca de las Indias a su izquierda, que iba como prelado, más los grandes, títulos, gentilhombres de la cámara, mayordomos y el jefe de la escolta de alabarderos, desplegados estos últimos en semicírculo en torno al cortejo.

pasada la medianoche, y llegó a El Escorial el día 7⁹. Iba acompañada por "gran número de caballeros cortesanos y todos enlutados; y de las religiones que hay en la villa de Madrid venían de cada una seis religiosos, y vino también la capilla real con el limosnero mayor don Luis Manrique, y don Rodrigo Manuel, capitán de la guarda de caballo con su misma gente"¹⁰. Recibidos los féretros y dichas las vigiliás, misas y sermones, en diferentes días, se depositaron en la iglesia de prestado, en la bóveda que estaba debajo del altar mayor.

Más complicados iban a ser los siguientes traslados. Basten las palabras de Martín de Gaztelu, secretario de Felipe II, dirigidas al Presidente de la Chancillería de Valladolid. El 7 de enero de 1574 señalaba que "su majestad desea que esta translación se acabe, porque tiene suspensas muchas cosas". Por otra carta, el día 21, indicaba que "deseo mucho ver acabado este negocio, porque en mi vida traté negocio tan pesado ni travajoso como este, por ser tan ageno de todos los otros"¹¹. Y es que, junto con Felipe II, el Rey Papelero, quien cuidó personalmente de los menores detalles, fue Martín de Gaztelu el principal encargado de organizar y coordinar los traslados, ocupándose, además, directamente de los preparativos en el monasterio de Yuste¹².

Asimismo, se trató de una empresa costosa y no sólo para las arcas municipales de aquellas urbes donde estaban depositados los cuerpos reales. De esta forma, el 9 de diciembre de 1573, el rey ordenó a Melchor de Herrera, tesorero general, que entregase a Manuel Salinas, maestro de cámara de la Casa de Borgoña, 3.000 ducados para "los gastos que se han de hazer en traer" los cuerpos reales a El Escorial y llevar a Granada el de la reina Juana¹³. Cantidad en la que no entraba la ayuda de costa a los servidores de la casa real, así como de casa y corte, que debían asistir en las comitivas fúnebres. Por ejemplo, el 31 de diciembre, Felipe II ordenaba a Melchor de Herrera pagar 340 ducados a los aposentadores y alguaciles y otros 380 a los monteros de guarda y oficiales de la cerería y tapicería¹⁴.

En el mes de septiembre la organización ya estaba en marcha. Todavía entonces, la idea era llevar a la reina Juana a Granada, pasando por El Escorial para depositar a María de Hungría, hermana de Carlos V. A la vuelta, se trasladarían al monasterio de Yuste los cuerpos de la emperatriz, de la princesa y de los infantes. Allí se juntarían con los del emperador y su hermana la reina de Francia doña Leonor, conducida previamente desde Mérida, para llevarse todos a El Escorial¹⁵. Esta ardua tarea se volvía a encomendar al obispo de Salamanca, que sería acompañado por

9 AGS, CSR, Leg. 259, f. 174, 176 y 184. En la instrucción, en vez del duque de Escalona figuraba el marqués de Aguilar.

10 SAN JERÓNIMO, 1845, 84.

11 Archivo de la Real Chancillería de Valladolid (ARCHV), Cédulas y Pragmáticas, Caja 4, exp. 27, f. 9 y 15.

12 Sobre este secretario, MARTÍNEZ MILLÁN y CARLOS MORALES (dirs.), 1998, 383-384.

13 AGS, CSR, Leg. 259, f. 241.

14 *Ibid.*, f. 259 y 265.

15 *Ibid.*, PE, Leg. 150, exp. 21 y 30.

su sobrino, el duque del Infantado¹⁶. Y para su organización, el rey pidió a Pedro de Deza, Presidente de la Chancillería de Granada, los antecedentes originales que determinaban las ceremonias con que los cuerpos reales habían sido conducidos y recibidos en dicha ciudad¹⁷. Asimismo, recurrió a Diego de Ayala, para que buscara en el Archivo de Simancas, la otra gran empresa personal del Rey Prudente, los autos de depósito de los cadáveres de las distintas personas reales, así como sus testamentos¹⁸. Pero poco después hubo un cambio de planes. El 7 de noviembre, Felipe II ya avisaba a Pedro González de Mendoza que sólo debía ocuparse de la traída de las reinas Juana y María al monasterio de San Lorenzo¹⁹.

El 28 y 29 de diciembre se realizaron las ceremonias en Granada, entregándose los cuatro cuerpos reales al obispo de Jaén, Francisco Delgado López, y al duque de Alcalá, Fernando Enríquez de Ribera. El día 29, la nutrida comitiva, formada por 452 personas, entre eclesiásticos y seglares, con 353 cabalgaduras, se puso en marcha. El camino no fue precisamente fácil, en pleno invierno, y la caravana tuvo que soportar fríos y lluvias torrenciales²⁰. Mientras tanto, el obispo de Coria, Diego Deza Tello, y el conde de Oropesa, Juan Álvarez de Toledo y de Monroy, recibían en Mérida el cuerpo de la reina de Francia, el 15 de enero. Cuando llegaron ambos séquitos al monasterio de Yuste, ya se encontraban allí Luis Manrique de Lara, limosnero mayor, y Martín de Gaztelu. Celebrados los oficios pertinentes, entre los días 25 y 27 de enero, la nueva comitiva se dirigió a El Escorial²¹.

Precisamente, el 27 de enero, el cortejo con María de Hungría, a cuyo frente iba el obispo de Salamanca, había salido de Valladolid. Hizo noche en Simancas y llegó a Tordesillas el 28, donde se encontraba el marqués de Aguilar, Luis Fernández Manrique, quien, junto con el prelado, era el encargado de llevar los cuerpos de la reina Juana y de María de Hungría a El Escorial. Las ceremonias en Tordesillas se celebraron los días 28, 29 y 30. La comitiva llegó a Medina del Campo, el 30 de enero, el 31 a Ataquines, el 1 de febrero a Arévalo y el 2 a Labajos. Al día siguiente recaló en El Espinar y el 4 en Guadarrama. Según la agenda establecida, el cortejo fúnebre debía entrar en El Escorial el día 5²². Pero ya en Medina del Campo, el obispo de Salamanca y el marqués de Aguilar habían recibido carta de Gaztelu, informando que la comitiva que iba desde Yuste no llegaría a El Escorial hasta el 4 de febrero, por lo que ellos, que tenían que entrar tres días después, debían entretenerse por el camino. De todas formas, prefirieron seguir las jornadas conforme a la orden que tenían, hasta llegar a Guadarrama, donde esperarían,

16 *Ibid.*, CSR, Leg. 259, Fol. 210.

17 DUQUE DE T'SERCLAES, 1912, 8-11. Sobre las traslados a Granada, D'ALBIS, 2009, 247-266.

18 AGS, PE, Leg. 150, exp. 8, 9 y 9bis; *Ibid.*, CSR, Leg. 259, f. 209.

19 *Ibid.*, CSR, Leg. 259, f. 211.

20 VARELA, 1990, 28.

21 AGS, CSR, Leg. 259, f. 254 (Granada) y 275 (Mérida); *Ibid.*, PE, Leg. 150, exp. 4 (monasterio de Yuste) y 16 (Granada).

22 *Ibid.*, CSR, Leg. 259, f. 276; *Ibid.*, PE, Leg. 150, exp. 127-130 y 135-138.

"teniendo en consideración a quel tiempo es ahora bueno y que fácilmente podría revolver y hazernos mal pasaje al puerto"²³. Y acertaron, "porque en llegando aquí [a Guadarrama] empegó a nebar y no a cesado en toda la noche"²⁴.

Como señalaba el obispo de Salamanca, por su carta del 30 de enero, "en Valladolid, Simancas, Tordesillas y aquí, en Medina, los pueblos lo an hecho de manera que an mostrado bien lo mucho que desean servir a vuestra majestad"²⁵. Y es que, además de las ceremonias en Valladolid y Tordesillas, en la instrucción entregada al obispo de Salamanca y al marqués de Aguilar, al igual que en las del resto de comitivas, se detallaba el estricto ceremonial que había que seguir en cada población por donde pasaran. La majestad de Felipe II, a través de sus antepasados, lograba poco menos que materializarse. En los pueblos donde hubiera que hacer noche, los cuerpos se pondrían en la iglesia mayor, encima de un estrado, cubierto de paño negro, y arderían las hachas necesarias y se colgarían de luto las paredes. Varios religiosos y servidores cortesanos quedarían velando. Al colocar los cuerpos se diría un responso cantado y al día siguiente misa de réquiem con su responso. "Y en los pueblos principales, el dicho obispo y marqués avisarán a los eclesiásticos, justicia y regimiento dellos, para que salgan en procesión con cruces, como se acostumbra rescebir los cuerpos reales, y lo mismo harán quando salieren de los tales lugares"²⁶.

El 4 de febrero de 1574, llegó a El Escorial la comitiva encabezada por el obispo de Jaén y el duque de Alcalá. Comenzó un complicado y preciso ceremonial, para el depósito de los cuerpos en la iglesia de prestado²⁷, bajo la atenta mirada de Martín de Gaztelu, puesto que Felipe II se encontraba en Aranjuez. De esta forma, el rey vivo no se mezclaba con la muerte, a la vez que no restaba protagonismo a sus familiares difuntos. Entre las ceremonias se encontró la llegada y recepción de los cuerpos de Juana y María, el 7 de febrero. El depósito de la reina de Hungría tuvo lugar el día 11, cuando, por fin, pudo reposar junto a su hermana Leonor, tal como había dispuesto en su testamento²⁸. En cambio, el féretro de la reina Juana fue entregado al obispo de Jaén y al duque de Alcalá, para llevarlo a la Capilla Real de Granada²⁹.

PREPARATIVOS DE UNA DESPEDIDA

El 18 de octubre de 1558, unas semanas después que su hermano Carlos V, fallecía, en Cigales, María de Austria, reina consorte de Hungría. Sus restos fueron

23 *Ibid.*, PE, Leg. 150, exp. 128.

24 *Ibid.*, exp. 130.

25 *Ibid.*, exp. 127.

26 *Ibid.*, CSR, Leg. 259, f. 276.

27 No fue hasta noviembre de 1586, concluidas las obras de El Escorial, cuando todos los cuerpos colocados en la iglesia de prestado fueron enterrados en la definitiva. Ya en tiempos de Felipe III comenzó a construirse el nuevo panteón, donde fueron situados los féretros en 1654.

28 AGS, CSR, Leg. 259, f. 334.

29 *Ibid.*, f. 323 y 326; *Ibid.*, PE, Leg. 150, exp. 19bis.

traídos a Valladolid, la entonces corte, y sepultados en el presbiterio de la iglesia del poderoso convento de San Benito el Real³⁰. Al año siguiente, el 9 de octubre, Felipe II abandonó la urbe que le vio nacer. Tras su paso por Toledo, Madrid se convertía, en 1561, en la capital de la Monarquía Hispánica. Valladolid veía, así, mermadas sus oportunidades de volver a ser corte. Más aún cuando el monarca eligió el sitio de El Escorial para levantar el mausoleo de la dinastía y posteriormente se materializaba el traslado de los cuerpos reales.

La salida de la corte tuvo un resultado negativo indudable. Pero Valladolid fue capaz de sobreponerse. Seguía siendo sede de la Real Chancillería y de una de las tres universidades mayores de Castilla y logró convertirse en un gran centro de negocios³¹. Esta nueva prosperidad no será palpable hasta 1578, pero el cambio de tendencia ya empezó a esbozarse hacia 1573, año en el que se iniciaron los preparativos para el traslado de la reina de Hungría.

La comunicación oficial no llegó a la villa hasta mediados de diciembre. Pero ya antes debían de ser muchos los rumores. No en vano, por el mes de octubre, Diego de Ayala, archivero de Simancas, al no haber encontrado los autos de depósito de los cuerpos reales, había venido a hablar con el prior de San Benito³². Y es que en la corte ya se estaban organizando los traslados. Puesto que en Granada habían tenido lugar en el pasado ceremonias parecidas fue el de esta ciudad el primero en organizarse, tras diversas comunicaciones de Felipe II con Pedro de Deza³³. De esta forma, teniendo presente lo dispuesto para Granada se dispuso el traslado de Valladolid y Tordesillas. Pedro González de Mendoza fue el prelado nombrado para llevar a cabo la empresa. Felipe II volvía a confiar en su fiel servidor, hijo segundo del IV duque del Infantado, obispo de Salamanca y miembro del Consejo Real³⁴. Sería acompañado, desde Tordesillas, por el marqués de Aguilar, cazador mayor del rey y consejero de Estado³⁵. Valladolid era, por tanto, la única urbe donde sólo participaría un obispo en la salida del cuerpo regio. La necesidad de que Luis Fernández Manrique se encontrara con antelación en Tordesillas, para supervisar los últimos detalles, explicaría esta novedad.

El 1 de diciembre, los miembros de la Cámara elevaron consulta, sobre lo que era necesario disponer para dicha traslación, la cual fue anotada, con su parecer, por Felipe II³⁶. Quedaban marcadas las líneas generales de las celebraciones en Valladolid y Tordesillas y del cortejo fúnebre hasta El Escorial. Para lograr su éxito en

30 SANGRADOR MINGUELA, 1904, 49 y RODRÍGUEZ MARTÍNEZ, 1981, 162.

31 Sobre el Valladolid del XVI, incluidas sus fiestas: BENNASSAR, 1989(2^a) y 1981, 71-136.

32 AGS, PE, Leg. 150, exp. 8.

33 DUQUE DE T'SERCLAES, 1912, 5-24.

34 Acompañó a Felipe II a Inglaterra, en 1554. En 1560, fue nombrado obispo de Salamanca. En 1561, Felipe II le designó para asistir al Concilio de Trento. *Vid. ALDEA VAQUERO, MARÍN MARTÍNEZ y VIVES GATELL (dirs.)*, II, 1972, 1037-1038.

35 AGS, PE, Leg. 150, exp. 133. En un principio se nombró al duque de Osuna, quien no pudo ir debido a la muerte de su esposa (AGS, PE, Leg. 150, exp. 28). Sobre Luis Fernández Manrique, *MARTÍNEZ MILLÁN y CARLOS MORALES (dirs.)*, 1998, 374.

36 AGS, PE, Leg. 150, exp. 28.

la capital del Pisuerga, la organización será encomendada al Presidente de la Chancillería, quien también se encargará de aspectos comunes que afectaban al traslado de ambas reinas. Mientras, en Tordesillas, se ocuparán el corregidor y Luis de Landa, administrador de la capilla en la que reposaban los restos de doña Juana³⁷.

Todo tenía que estar formalizado hasta el último detalle. No en balde, si bien la fiesta como elemento propagandístico del poder alcanzará su máxima expresión en el Barroco, ya en tiempos de Felipe II logró prácticamente su configuración definitiva. La Contrarreforma tuvo mucho que ver, pero también el Rey Prudente. Quedaron establecidas las pautas del ceremonial de la Monarquía Católica, tanto en el ámbito más privado de la corte como fuera de ella, especialmente en Madrid, con dos influencias claras: la etiqueta borgoñona y la confesionalidad del Estado. Así, con los traslados de 1573-1574, "de manera consciente, el rey había creado las bases de un ceremonial funerario que iba a durar cerca de tres siglos"³⁸. Sin embargo, puesto que los féretros, salvo el del Emperador, estaban depositados en importantes villas y ciudades de la geografía castellana, los elementos del ritual fúnebre cortesano -ceremonias y protagonistas- debían articularse entonces con aquellos otros de carácter urbano, que sólo pudieron ser excusados en la villa y corte madrileña. Todo ello en unos momentos en los que las fiestas urbanas, dada su importancia para la representación del poder, también se encontraban en pleno desarrollo³⁹.

Numerosos eran, por tanto, los oficiales del rey que debían trasladarse a Valladolid, con su séquito oportuno, para participar en las ceremonias y en el cortejo fúnebre que se pondría en marcha desde la villa. Fueron nombrados diversos gentilhombres, al menos 7 de la boca de su majestad, 4 monteros de guarda, 4 capellanes de su majestad, 4 aposentadores, 1 oficial de cerería, 1 ayuda de tapicería, así como Juan de Céspedes, teniente de capitán de la guarda de a pie española, con 18 hombres de la guarda de a caballo y 30 de la de a pie, españoles y alemanes, por mitad. Asimismo, se nombraron 4 alguaciles de casa y corte, los cuales, si bien no pertenecían estatutariamente a la casa real estaban muy vinculados a ella⁴⁰.

El 11 de diciembre, Felipe II escribía a Juan Zapata de Cárdenas⁴¹. Le transmitía su decisión de trasladar el cuerpo de María de Hungría y, para que "se

37 También Luis de Landa, junto con los capellanes que servían allí, debía ir en la comitiva a El Escorial.

38 VARELA, 1990, 29.

39 Son numerosos los estudios sobre la fiesta en los siglos XVI y XVII, podemos destacar: RÍO BARREDO, 2000 y GARCÍA BERNAL, 2006. Ya centrados en el personal y ceremonial cortesanos: MARTÍNEZ MILLÁN y FERNÁNDEZ CONTI (dirs.), 2005; NOEL, 2004, 139-158 y ALBALADEJO MARTÍNEZ, 2009-2010, 9-19. Asimismo, VARELA, 1990, nos acerca fundamentalmente a los ritos cortesanos generados por la muerte del rey.

40 AGS, PE, Leg. 150, exp. 10 y 10bis (gentilhombres de la boca); *Ibid.*, 10bis; *Ibid.*, CSR, Leg. 259, f. 265 (monteros de guarda); *Ibid.*, PE, Leg. 150, exp. 28 (capellanes); *Ibid.*, CSR, Leg. 259, f. 259 (alguaciles y aposentadores), f. 265 (cerería y tapicería), f. 233 (guardas de su majestad). *Vid.* MARTÍNEZ MILLÁN y FERNÁNDEZ CONTI (dirs.), 2005.

41 *Vid.* sobre este personaje, MARTÍNEZ MILLÁN y CARLOS MORALES (dirs.), 1998, 514-515.

ponga en ejecución con la mayor brevedad que ser pueda y que se haga con el cumplimiento y solemnidad que es razón", le encargaba "el cuidado y ejecución de todo lo que para esto se ha de hazer y prevenir en esa villa"⁴². No podía ser de otra forma, puesto que el Presidente de la Chancillería, a su vez miembro del Consejo de Castilla y obispo de Palencia, diócesis a la que entonces pertenecía Valladolid, se trataba del máximo representante del rey en la capital del Pisuerga⁴³.

La importancia del acontecimiento, así como su novedad, hacía que la Villa o Concejo, la institución principalmente encargada de la organización de las fiestas políticas, entre ellas las exequias reales, pasara a un segundo plano. De esta forma, en la misiva enviada al Presidente ya se señalaba que "con esta se os embía una carta nuestra para esa Villa, en vuestra creencia". Por ella, además de ordenar a los munícipes su presencia en las ceremonias, el rey les avisaba que ya había escrito a Juan Zapata, quien iba a estar al frente de la organización, y que debían ponerse a su disposición⁴⁴.

En la carta mencionada del 11 de diciembre, Felipe II daba detalles muy precisos sobre cómo debían desarrollarse las ceremonias en Valladolid y los aspectos de los que debía ocuparse su señoría. Asimismo, el Presidente había de reunirse con los oidores más antiguos, el corregidor y algunos regidores, para determinar "lo que será necesario proveer y ordenar para el dicho efecto", además de lo ya señalado por el monarca. Por tanto, serán constantes las comunicaciones con Felipe II y especialmente con Martín de Gaztelu, para llevar a buen fin todos los preparativos.

El Presidente tenía que informar sobre qué prelados y nobles titulados se hallaban en la villa, para asistir a las ceremonias en Valladolid y Tordesillas, como así hizo⁴⁵. Posteriormente, fue el encargado de hacerles llegar la carta correspondiente de Felipe II, ordenando su presencia⁴⁶. Y puesto que en el cortejo fúnebre hasta El Escorial debían ir 24 religiosos, seis por cada orden mendicante, tuvo que entregar a los superiores las cartas del rey, que ya se le enviaban entonces⁴⁷. Debía estar atento a su cumplimiento y aprestar, por cuenta de su majestad, "las mulas de alquiler y el más recado que huvieren menester para el camino". En consecuencia, también tuvo que buscar personas para el servicio de los frailes⁴⁸.

Juan Zapata debía ir, asimismo, al convento de San Benito, para enterarse cómo era la caja mortuoria. Resultó ser de plomo delgada, metida, a su vez, en otra de madera muy gruesa. Puesto que la de plomo estaba pegada al cadáver, siempre con el visto bueno de su majestad, el Presidente determinó mantenerla y cambiar la de

42 AGS, CSR, Leg. 259, f. 289; ARCHV, Cédulas y Pragmáticas, Caja 4, Exp. 27, f. 4-5 (carta original).

43 También en Granada la organización recayó en el Presidente de la Chancillería, pero debía estar en comunicación con el arzobispo.

44 AGS, CSR, Leg. 259, f. 251.

45 *Ibid.*, PE, Leg. 150, exp. 17, 27 y 115.

46 *Ibid.*, exp. 14; *Ibid.*, CSR, Leg. 259, f. 232 y 236.

47 *Ibid.*, CSR, Leg. 259, f. 253.

48 *Ibid.*, PE, Leg. 150, exp. 117 y 121; ARCHV, Cédulas y Pragmáticas, Caja 4, exp. 27, f. 15.

madera por otra más liviana⁴⁹. También tuvo que informar sobre los ornamentos que había en San Benito para el servicio de la reina. Entre ellos se encontraba un dosel de brocado muy bueno que Felipe II había regalado al convento, a través de fray Plácido Salinas. Este dosel debía ponerse encima de la litera en que iría el ataúd de la reina hasta El Escorial. Si bien, al final, puesto que, en opinión del Presidente, parecía más de fiesta que de luto, se aprovechó otro que había en Chancillería⁵⁰.

Era necesario levantar dos túmulos, situados en la capilla mayor de San Benito y a las afueras de Valladolid, hasta donde llegaría la procesión con el féretro. Ambos se harían, según la orden de Felipe II, "a nuestra costa o a la desá Villa, como allá pareciere". Pero Juan Zapata no los consideró suficientes, "porque es grande el trecho el que ay desde el monesterio de San Benito hasta el camino de Simancas", por lo que convendría hacer otro más, en la calle de Santiago, antes de la Puerta el Campo⁵¹. La propuesta fue aceptada por el rey. De todas formas, acabarán construyéndose no tres sino cuatro túmulos⁵².

Los oficios litúrgicos debían celebrarse con gran solemnidad. Puesto que Juan Zapata y Pedro González de Mendoza estarían ocupados, el Presidente debía avisar quién podría oficiar la misa. Fue nombrado el obispo de Zamora, mientras que fray Plácido de Salinas, abad del convento y general de la orden, predicaría el sermón. De esta forma, al ser un prelado, se trataba de evitar los conflictos, tan frecuentes, entre el convento de San Benito y la Colegiata, pues esta iba a asistir y tenía costumbre de oficiar cuando concurría a alguna iglesia⁵³. Pero no se tuvo en cuenta a Alonso Enríquez, abad de Valladolid, que se encontraba fuera de la villa y enfermo. Tras recibir cédula de Felipe II por la que le mandaba asistir, exigió también oficiar, recurriendo junto con su Cabildo al rey, aunque sin éxito⁵⁴.

La disposición de las autoridades en la capilla mayor también quedaba establecida por el monarca. Tanto los miembros de la Chancillería como de la Villa debían ir de luto, pero no a costa de los fondos públicos. Asimismo, señalaba qué personas debían hallarse a alzar el depósito y entrega del cuerpo real. Por último, según figuraba en la carta del 11 de diciembre, Juan Zapata debía avisar a su majestad "si en poder de los receptores desá Audiencia o desá Villa ay algunos dineros pertenescientes a nuestra cámara y fisco, o en otra manera, de donde se puedan cumplir y proveer los gastos que en lo tocante a lo sobre dicho se huvieren de hacer".

Además de estas cuestiones, fueron surgiendo otras de las que también tuvo que ocuparse el Presidente. Por orden regia, hubo de comprar y aderezar con luto seis acémilas, para transportar los dos féretros a El Escorial, y mandar hacer ambas

49 AGS, PE, Leg. 150, exp. 14, 27 y 115.

50 *Ibid.*, exp. 14, 27, 115, 118-120; ARCHV, Cédulas y Pragmáticas, Caja 4, exp. 27, f. 15.

51 AGS, PE, Leg. 150, exp. 27 y 115.

52 *Ibid.*, exp. 10 y 14.

53 *Ibid.*, exp. 14, 27 y 115.

54 *Ibid.*, exp. 118-120, 147, 148; *Ibid.*, CSR, Leg. 259, f. 234; ARCHV, Cédulas y Pragmáticas, Caja 4, exp. 27, f. 14.

literas⁵⁵, así como un encerado que se pondría, cuando lloviera o nevara, encima del dosel con que iría cubierta la de la reina de Hungría⁵⁶. Por otro lado, tuvo que mediar entre los monjes benitos y el monarca, puesto que el padre general deseaba enviar seis religiosos que acompañasen a doña María un trecho del camino. El rey determinó que, si no se lograba convencer a los monjes, fueran hasta Tordesillas⁵⁷.

Martín de Gaztelu no podrá indicar al Presidente, hasta su carta del 7 de enero, la fecha exacta de las celebraciones en Valladolid⁵⁸. Pero ya, cuatro días antes, le escribía que el duque de Alcalá y obispo de Jaén llegarían a El Escorial a principios de febrero, por lo cual "conviene que VS mande dar grandísima priesa a todo lo que ay se ha de hazer, porque el tiempo es corto [...], aunque dexé de yr algunos días a hallarse con su Audiencia, porque este es negocio muy preciso". También le solicitaba que, "pues está tan cerca, dé priesa al corregidor de Tordesillas y a Luys de Landa, para que lo que allí se haze se acabe con mucha presteza"⁵⁹. El Presidente escribió a Diego de Ayala, para que se acercase a Tordesillas con esta misión⁶⁰. En consecuencia, cuando Luis de Landa vino a visitar al marqués de Aguilar, quien con licencia del rey había recalado antes en Valladolid al seguimiento de un pleito, también visitó al Presidente, para informarle cómo iban los preparativos⁶¹.

Además de Juan Zapata, otras autoridades tuvieron trabajo en Valladolid. Si bien en un principio se había determinado nombrar a un alcalde de casa y corte, para ir, con vara de justicia, en la comitiva a El Escorial y hallarse también presente en Valladolid y Tordesillas, después se prefirió que fuera un alcalde del crimen⁶². Por carta de Felipe II, del 31 de diciembre, se señalaba al licenciado Porres, alcalde más antiguo de la Chancillería, su nombramiento y comisión. Asimismo se le ordenaba "que proveays de los vastimentos y todo lo demás que en esa villa se huviere de prover", para el numeroso cortejo fúnebre⁶³.

El 19 de diciembre de 1573, se leía en el ayuntamiento la carta de Felipe II, fechada también a 11 diciembre. El Concejo se mostró remiso a hacerse cargo de los túmulos, puesto "que los propios que tiene están muy enpeñados y al presente hexecutados en mucha cantidad"⁶⁴. Pero tras reunirse con el corregidor y varios oidores y regidores, el Presidente ya señalaba a Gaztelu, el 20 de diciembre, "que podríamos ordenar que los túmulos fuesen a su costa [de la Villa] y lo demás de cera y otras cosas se hiziese de penas de cámara desta Chancillería"⁶⁵. Tal pro-

55 AGS, PE, Leg. 150, Exp. 14, 116, 118; ARCHV, Cédulas y Pragmáticas, Caja 4, exp. 27, f. 2-3 y 15.

56 AGS, PE, Leg. 150, exp. 14.

57 *Ibid.*, exp. 118, 119; ARCHV, Cédulas y Pragmáticas, Caja 4, exp. 27, f. 15.

58 ARCHV, Cédulas y Pragmáticas, Caja 4, exp. 27, f. 9-10.

59 *Ibid.*, f. 2-3.

60 AGS, PE, Leg. 150, exp. 143.

61 *Ibid.*, exp. 154.

62 *Ibid.*, exp. 115.

63 *Ibid.*, CSR, Leg. 259, f. 239.

64 Archivo Municipal de Valladolid (AMV), Actas, 10, 19-XII-1573, f. 234v.-235r.

65 AGS, PE, Leg. 150, exp. 27 y 115.

puesta fue aceptada por Felipe II⁶⁶. De esta forma, el Ayuntamiento dio poder a varios regidores para su construcción, financiándose, ante la falta de "propios", con 600 ducados de las "sisas"⁶⁷.

También el Concejo trató "sobre aposentar a los que bienen por los güesos". La villa tenía "prebilexios de hesención del aposento", excepto en el caso de personas reales. Puesto que doña María formaba parte de la familia real y los "grandes e prelados e caballeros e demás personas que por ella bienen" lo hacían por orden de Felipe II, se determinó dárselo, nombrándose regidores para que lo llevaran a cabo junto con los aposentadores que venían de la corte⁶⁸.

En fin, todo estaba ya preparado para que Valladolid despidiera los restos de María de Hungría, que debían iniciar su viaje a El Escorial.

LAS CELEBRACIONES VALLISOLETANAS

El 1 de febrero de 1574, Felipe II se dirigía al Presidente de la Chancillería:

Por vuestra carta de 27 del pasado entendí lo que se avía hecho en esa villa al sacar della el cuerpo de la serenísima Reyna de Hungría [...], y creo que se havrá hecho todo con la solemnidad y decencia que convenía. Y así os agradezco el cuydado y diligencia que en ello aveys puesto⁶⁹.

Las celebraciones habían sido un éxito, todo un espectáculo del poder, a caballo entre las fiestas políticas en honor del rey ausente y las visitas reales, ya que contaron con la presencia de los restos mortales de un miembro de la familia real y de numerosos servidores de la corte. Además, la concurrencia había sido masiva. En las vísperas, "abía tanta gente en la yglesia que no se podía entrar ni salir della". Y al día siguiente, "estubo este lugar [...] tan lleno de gente y las bentanas tan adrezadas como si huviera una muy gran fiesta"⁷⁰. Felipe II podía estar complacido. Tales ceremonias exaltaron a la Monarquía Hispánica, en pleno proceso de configuración, incidiendo en su pilar fundamental, la religión católica, pero también en otro muy importante, la idea dinástica, y estrechando a su vez los lazos entre ambos. Aunque tampoco debemos olvidar a los poderes urbanos, igualmente protagonistas de las celebraciones, de cuya imagen, asimismo, dependía en buena medida la de la propia monarquía.

66 *Ibid.*, exp. 14.

67 AMV, Actas, 10, 6-I-1574, f. 246v-247r.; *Ibid.*, 11-I-1574, f. 253r.; *Ibid.*, 15-I-1574, f. 256v. Sin embargo, terminada la celebración, Juan Zapata planteará a Felipe II que "en el particular del desempeño no ay cosa nueba de que abisar más de que los regidores tienen muy buena boluntad y ansí entiendo bdrán en lo que se les pide". Por ende, desconocemos si la Villa tuvo al final que asumir más gastos (AGS, PE, Leg. 150, exp. 122).

68 AMV, Actas, n° 10, 15-I-1574, f. 256v.

69 AGS, CSR, Leg. 259, f. 304; ARCHV, Cédulas y Pragmáticas, Caja 4, exp. 27, f. 20 (carta original).

70 Real Academia de la Historia, 9/1049, f. 454 (breve descripción de la celebración).

Como hemos señalado, las traslaciones de 1573-1574 establecieron la planta del cortejo fúnebre de la Casa de Austria, camino de El Escorial. Pero, en las villas y ciudades donde tuvo lugar la entrega y salida de los cuerpos, a excepción de Madrid, hubo una mezcla de elementos urbanos y cortesanos. Se trató de una celebración fúnebre novedosa, aunque estrechamente vinculada con los enterramientos, las exequias y los traslados reales de los siglos XVI y XVII⁷¹. Y Valladolid tenía experiencia en este tipo de funciones. Con la corte instalada, destacaron los funerales de la reina Juana (1555) y de Carlos V (1558), celebrados en la iglesia de San Benito, tanto los de carácter cortesano como los dispuestos por la Villa. En este templo también había tenido lugar el entierro de María de Hungría (1558), mientras que los infantes Fernando (1530) y Juan (1538), así como la princesa María (1545) habían sido depositados en el convento dominico de San Pablo. Cuatro años después de la muerte de la primera esposa de Felipe II, sus restos, junto con los de los infantes mencionados, fueron acompañados hasta las afueras de Valladolid por el rey de Bohemia, los grandes, títulos y prelados y el Consejo de Castilla, para ser trasladados a la Capilla Real de Granada. En cambio, en un Valladolid sin corte, las exequias reales, sólo a cargo de la Villa, se habían celebrado en la colegiata, como las de la emperatriz (1539) o las del príncipe don Carlos (1568). Igual sucederá en las honras por Ana de Austria (1580) o por Felipe II (1598), estas últimas ya en una iglesia mayor que había alcanzado el rango de catedral⁷².

Así pues, las celebraciones vallisoletanas de 1574 tuvieron sus características propias, locales. Pero, a la vez, las ceremonias en Granada, Mérida y Valladolid, y también, aunque con ciertos matices, en Tordesillas, partieron de un mismo modelo⁷³, establecido meticulosamente por Felipe II, con especial influencia de los anteriores traslados de cuerpos reales a Granada y de la nueva y compleja etiqueta cortesana, que realizaba la majestuosidad y autoridad del monarca⁷⁴.

El 25 de enero, por la tarde, hizo su entrada en la villa Pedro González de Mendoza, "acompañado de muchos cavalleros y personas principales que venían con él". A la mañana siguiente, se juntaron en el monasterio, el Presidente de la Chancillería, el obispo de Salamanca, el general de San Benito y el doctor Pareja, corregidor, para comprobar que todo estaba a punto.

71 *Vid.*, entre otros, VARELA, 1990; SOTO CABA, 1991; ALLO MANERO, 1993; D'ALBIS, 2009, 247-266.

72 CANESI ACEVEDO, III, 1996, 210, 216, 217, 222-224, 276, 299, 308, 322.

73 En Tordesillas había que recibir también el cuerpo de María de Hungría. Además, hasta su salida de la villa, en la manipulación del féretro de la reina Juana, hija de los Reyes Católicos, con la excepción de los monteros de Espinosa, el protagonismo debía recaer en la nobleza titulada (AGS, CSR, Leg. 259, f. 276).

74 "La relación de lo que se hizo en sacar el cuerpo de la serenísima María, de Valladolid para Sant Lorenzo", posiblemente enviada por Juan Zapata, figura en AGS, PE, Leg. 150, exp. 10. Una copia se conserva en Biblioteca Nacional, Ms. 12.179, f. 25-28, la cual ha sido transcrita por GONZÁLEZ GARCÍA-VALLADOLID, II, 1901, 731-736. Sólo se señala la referencia de noticias procedentes de otras fuentes.

marqués de Poza y el marqués de Viana⁷⁹, así como por Francisco de Menchaca y Gaspar Durango, quienes se hallaban en la villa y fueron invitados por el Presidente, al ser miembros del Consejo de Castilla. Es decir, se dieron cita en San Benito todas las grandes instituciones urbanas.

Iba a tener lugar el alzamiento del depósito y entrega del cadáver⁸⁰. Se situaron en el altar mayor, además del obispo de Salamanca, el Presidente de la Chancillería, los obispos de Ávila y Zamora⁸¹, el abad de Valladolid, el general de San Benito, con varios monjes, los tres nobles titulados, dos oidores, Francisco de Menchaca y Gaspar Durango, el licenciado Porres, el corregidor, el alférez mayor (Pedro Gasca), un regidor y Diego de Ayala, que hacía de secretario por orden de Felipe II⁸². Este último leyó la real cédula, por la cual los restos de María de Hungría debían ser entregados al obispo de Salamanca. Cuatro monteros de Espinosa bajaron la caja y la abrieron⁸³. Los religiosos dieron fe de que se trataba de la reina. Así pues, el alcalde del crimen alzó el depósito e hizo entrega del cuerpo al obispo de Salamanca. Entonces, siete gentilhombres de la boca de su majestad tomaron sobre sus hombros el ataúd y lo pusieron en el túmulo, colocándose encima un rico dosel, dos cojines y una corona⁸⁴. Y a las cuatro esquinas, para custodiar el féretro, se situaron los monteros de Espinosa y la guarda alemana.

Vemos cómo ya entraron en escena los oficiales del rey. Los monteros de Espinosa, integrados en la casa de Castilla, tenían el privilegio, desde tiempos medievales, de velar el sueño de las personas reales, también una vez fallecidas, hasta su entierro. Formaban parte de las guardas-palatino personales de los Austrias hispanos, pero con características propias. El resto de las guardas estaban integradas en la casa de Borgoña, entre ellas la alemana o tedesca, creada por Carlos V. También a esta casa pertenecían los gentilhombres de la boca, oficios reservados a la nobleza, que estaban al servicio de la mesa regia y debían acompañar al monarca en cualquier ocasión pública⁸⁵.

A continuación se celebraron las vísperas. El obispo de Zamora, vestido de pontifical, estuvo en el altar mayor, con los obispos de Ávila y Salamanca. En el

79 Felipe II también escribió al conde de Fuentes, si bien como había señalado Juan Zapata estaba en la villa al seguimiento de un pleito y posiblemente se marchara antes de la celebración. AGS, PE, Leg. 150, exp. 27 y 115.

80 Contamos también con el auto que se hizo. AGS, Leg. 150, exp. 10bis.

81 Como había informado el Presidente, Juan Manuel, obispo de Zamora y electo de Sigüenza, se encontraba en Valladolid y Álvaro de Mendoza, obispo de Ávila, en Olmedo, por lo que podrían asistir a las ceremonias. AGS, PE, Leg. 150, exp. 27 y 115.

82 AGS, CSR, Leg. 259, f. 230.

83 En el auto de alzamiento se señala que eran Hernando de Zorrilla, Antonio de Velasco, Pedro de Larena y Cristóbal de Bibanco. Pero el 31 de diciembre, cuando el rey ordenó hacer el libramiento para su ayuda de costa se señalaba, en lugar del primero y el tercero, a Juan Azcona y Juan de Angulo (AGS, CSR, Leg. 259, f. 265).

84 En la relación se señala que eran Pedro de Velasco, Pedro Osorio, García Sarmiento, Álvaro de Córdoba, Juan de Guevara, Fabrico de Capua y Cinilbaldo de Oria. Pero en el auto de alzamiento del cuerpo, en lugar del sexto figura Suero de Quiñones.

85 MARTÍNEZ MILLÁN y FERNÁNDEZ CONTI (dirs.), 2005; GUTIÉRREZ ALONSO (coord.), 2006.

coro bajo se acomodaron el general de San Benito con su convento, la clerecía, los frailes y también el abad de Valladolid, Alonso Enríquez, con su Cabildo. En la capilla mayor, a los lados del túmulo había dos hileras de asientos. A la mano derecha, a la cabecera se situó el Presidente y a continuación los magistrados, mezclados los títulos y los inquisidores con los oidores. A la izquierda, el Ayuntamiento, encabezado por el corregidor.

Esta fue la disposición ordenada por Felipe II, según lo establecido para Granada, y con la que quería evitar "las diferencias y competencias que sobre esto se podrían ofrescer". Y es que, si bien los problemas de protocolo siempre habían sido frecuentes, más aún lo eran en la segunda mitad del XVI, poniendo de manifiesto la importancia adquirida por la fiesta como medio de exhibición del poder, que exigía su completa y perfecta codificación hasta en el aspecto más nimio⁸⁶. A esta razón habría que añadirle, en el caso de Valladolid, que la marcha de la corte obligaba a un reajuste ceremonial entre las instituciones, convertidas en los grandes poderes urbanos, con un resultado: el Tribunal de Justicia se erigirá en la institución más poderosa, circunstancia que, lógicamente, se manifestará en la fiesta⁸⁷. De esta forma, a la altura de 1573 todavía no estaban resueltos los problemas en las exequias reales, ya sólo celebradas por la Villa en la colegiata, donde debían concurrir también la Inquisición y la Chancillería, a diferencia de la etapa cortesana, cuando esta última había dispuesto de lugar en las honras cortesanas. Hasta tal punto era así que el Santo Oficio no asistía.

La Chancillería no protestó porque al Ayuntamiento se le diera esta vez en la capilla mayor todo un lado, como era su reivindicación. Las quejas, constantes, vinieron por la disposición del Santo Oficio, puesto que oidores e inquisidores debían estar interpolados. Pero Felipe II no cambió de opinión. Así, el 31 de diciembre, señalaba a Juan Zapata que "la conservación de la auctoridad y preeminencia desah Audiencia y su antigüedad no consiste en esto ni se les desminuye en favorecer las cosas del Sancto Oficio, haviéndome tanta razón y obligación para ello, especialmente en estos tiempos". Se trataba, en definitiva, de un cierto triunfo de los inquisidores, puesto que preferían situarse junto al Presidente de la Chancillería⁸⁸.

Ciertamente, las celebraciones de 1574 fueron algo excepcional. El Santo Oficio no se incorporará definitivamente a las honras fúnebres reales hasta 1598. Será entonces cuando Felipe III confirme, precisamente, que el lugar ocupado en 1574 era el que le correspondía⁸⁹. Así pues, el traslado de la reina de la Hungría será un hito importante

86 GARCÍA BERNAL, 2001, 233-260.

87 Vid. AMIGO VÁZQUEZ, 2013.

88 Cartas del Presidente, sobre el problema con los inquisidores: el 17 de diciembre, al rey (AGS, PE, Leg. 150, exp. 18); el 20 de diciembre, a Gaztelu (*Ibid.*, exp. 27 y 115); el 23 de diciembre, a Gaztelu (*Ibid.*, exp. 17); el 27 de enero, a Felipe II (*Ibid.*, exp. 122). Cartas del rey al Presidente: el 31 de diciembre (*Ibid.*, exp. 14); el 22 de enero (ARCHIV, Cédulas y Pragmáticas, Caja 4, exp. 27, f. 17); el 1 de febrero (AGS, CSR, Leg. 259, f. 304).

89 AMIGO VÁZQUEZ, 2013. También entonces la Ciudad y la Chancillería llegarán a un acuerdo. En los asientos de ambos lados, terminado el Tribunal se situarán los miembros del Ayuntamiento.

en el reajuste ceremonial que hemos mencionado. Y no sólo en cuanto al Santo Oficio, ya que también las órdenes de Felipe II marcarán el protocolo a seguir con respecto a la presencia de la alta nobleza en las exequias regias, en un Valladolid que ya no era corte.

A la mañana siguiente, 27 de enero, se celebró la misa, a cargo del obispo de Zamora, predicando fray Plácido Salinas. "Y todos los dichos señores fueron y estuvieron por la misma orden que el día antes". A continuación,

los cavalleros de la voca tomaron el cuerpo en sus hombros y le llevaron hasta la puerta de la yglesia [...], acompañándole todos los preladados y señores, Real Audiencia, Inquisición, Villa, clerecía y órdenes y la guarda de su majestad y muchos pajes del dicho señor Presidente y del dicho ilustrísimo de Çamora, con muchas achas alderredor del cuerpo.

Se ponía en marcha la comitiva que debía sacar el cuerpo a las fueras de la villa. En esta, con ingredientes de una procesión general y de una entrada real, volvían a confluír elementos urbanos y cortesanos.

Fue esta ceremonia la que más había inquietado a la Villa. Puesto que en la orden del 11 de diciembre, Felipe II sólo señalaba el asiento en la capilla mayor, los regidores temían que surgieran conflictos de protocolo con la Chancillería, tan frecuentes entonces en las comitivas civiles y religiosas. Así pues, solicitaron al rey que se les diese en el cortejo el mismo lugar que en la iglesia⁹⁰. Martín de Gaztelu ya advertía al Presidente, el 7 de enero, que "en esta ocasión conviene grangear mucho a ese Ayuntamiento, por los negocios de Cortes que tratan entre ellos, en que se tiene trabajo con todos los procuradores para reducirlos al desempeño del reyno y lo demás que se trata"⁹¹. De esta forma, Felipe II ordenaba a Juan Zapata, el 8 de enero, que la procesión siguiera la misma planta que en Granada: las cruces, clerecía y religiones delante, luego el cuerpo real, tras él los preladados y, después, a la mano derecha la Chancillería, grandes y títulos e inquisidores, con la misma disposición que en la capilla mayor, y la Villa a la mano izquierda, y detrás de unos y otros los demás caballeros y personas que concurriesen⁹².

La otra cuestión que preocupaba al Concejo, y por la que recurrió a Felipe II, era poder llevar el cuerpo real a hombros, puesto que era costumbre de "las villas y ciudades principales destes reynos hazer semejantes cerimonias, y Valladolid ansí lo a hecho"⁹³. Tal privilegio le fue respetado. Así, en la instrucción del obispo de Salamanca se señalaba que los gentilhombres sacarían el féretro desde el túmulo hasta la puerta de la iglesia, desde allí sería llevado por el corregidor, alférez mayor y regidores, pero al detenerse en cada uno de los túmulos del recorrido, los gentilhombres serían los encargados de ponerlo en él y quitarlo⁹⁴.

90 AGS, PE, Leg. 150, exp. 149.

91 ARCHV, Cédulas y Pragmáticas, Caja 4, exp. 27, f. 9-10.

92 AGS, CSR, Leg. 259, f. 299.

93 *Ibid.*, PE, Leg. 150, exp. 70 y 71.

94 *Ibid.*, CSR, Leg. 259, f. 276.

De esta forma, la luctuosa comitiva salió por las calles de Valladolid, haciendo la primera parada en la Plaza Mayor, donde había otro túmulo. Si bien este no figuraba en las órdenes reales, su presencia estaba más que justificada, puesto que se levantaba en la nueva Plaza Mayor, mandada construir por Felipe II tras el incendio que había asolado el centro de la urbe en 1561. Sobre un estrado de tres gradas, con 15 pies de ancho, se levantaba un cuerpo arquitectónico, compuesto por cuatro columnas, arquitebe, friso y cornisa; encima se situaba un pedestal y una aguja de 20 pies de alto, rematada por una bola con una corona. La segunda parada tuvo lugar fuera de la Puerta del Campo, donde estaba "hecho un estrado grande, con cuatro gradas altas, todo cubierto de luto, y en el medio dél estaba un lecho". Ya junto al convento del Carmen "estava hecho otro estrado y cama de la misma manera que el de la Puerta del Campo". Tras colocarse el féretro en él, se dijeron los mismos responsos, oraciones y ceremonias que en los anteriores túmulos.

A continuación, los gentilhombres tomaron el cuerpo de María de Hungría y lo colocaron en la litera, que cargaban dos machos. Los pajes del obispo de Salamanca, con hachas encendidas, rodearon el féretro. El cortejo fúnebre, compuesto por los servidores de la casa del rey, los 4 alguaciles de casa y corte, los 24 frailes, los 6 monjes benitos, Diego de Ayala, el licenciado Porres y Pedro González de Mendoza, se puso en marcha, camino de Tordesillas.

BIBLIOGRAFÍA

- AMIGO VÁZQUEZ, Lourdes, *Epifanía del poder regio. La Real Chancillería en el Valladolid festivo (siglos XVII y XVIII)*, Valladolid, Universidad, 2013.
- ABELLA RUBIO, Juan José, "El túmulo de Carlos V en Valladolid", *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología (BSAA)*, 1978, 44, p. 177-200.
- ALBALADEJO MARTÍNEZ, María, "Fasto y etiqueta de la casa de Austria. Breves apuntes sobre su origen y evolución", *Imafronte*, 2009-2010, 21-22, p. 9-19.
- ALDEA VAQUERO, Quintín, MARÍN MARTÍNEZ, Tomás y VIVES GATELL, José (dirs.), *Diccionario de historia eclesiástica de España*, Madrid, Instituto Enrique Flórez, 1972, vol. 2.
- ALLO MANERO, M^a Adelaida, *Exequias de la Casa de Austria en España, Italia e Hispanoamérica*, Zaragoza, Universidad, 1993 (ed. en microforma).
- BENNASSAR, Bartolomé, "Valladolid en el reinado de Felipe II", en *Valladolid en el siglo XVI*, Tomo III de la *Historia de Valladolid*, Valladolid, Ateneo, 1981, p. 71-136.
- Valladolid en el Siglo de Oro*, Valladolid, Ámbito, 1989 (2^a ed.).
- BONET CORREA, Antonio, "Los túmulos de Carlos I", *Archivo Español de Arte*, 1960, p. 55-66.
- BUSTAMANTE GARCÍA, Agustín, *La Octava Maravilla del Mundo (estudio histórico sobre El Escorial de Felipe II)*, Madrid, Alpuerto, 1994.
- CANESI ACEVEDO, Manuel, *Historia de Valladolid (1750)*, Valladolid, Grupo Pinciano, 1996, vol. 3.

- CHECA, Fernando, *Felipe II mecenas de las artes*, Madrid, Nerea, 1992.
- D'ALBIS, Cecile, "Sacralización real y nacimiento de una ciudad simbólica: los traslados de cuerpos reales a Granada, 1504-1549", *Chronica Nova*, 2009, 35, p. 247-266.
- DUQUE DE T'SERCLAES, "Traslación de los cuerpos reales de Granada a San Lorenzo de El Escorial y de Valladolid a Granada", *Boletín de la Real Academia de la Historia*, 1912, 60, p. 5-24.
- GARCÍA BERNAL, José Jaime, "El ritual urbano y la invención de la cultura pública en los siglos XVI y XVII", GUILLAMÓN ÁLVAREZ, Francisco Javier y RUIZ IBÁÑEZ, José Javier (eds.), *Lo conflictivo y lo consensual en Castilla. Sociedad y poder político. 1521-1715*, Murcia, Universidad, 2001, p. 233-260.
- El fasto público en la España de los Austrias*, Sevilla, Universidad, 2006.
- GONZÁLEZ GARCÍA-VALLADOLID, Casimiro, *Valladolid, sus recuerdos y sus grandezas*, Valladolid, Impr. de Juan Rodríguez Hernando, 1901, vol. 2.
- GUTIÉRREZ ALONSO, Adriano (coord.), *Los monteros de Espinosa. Mil años de historia*, Burgos, Caja de Burgos, 2006.
- LLAGUNO Y AMIROLA, Eugenio, *Noticias de los arquitectos y arquitectura de España desde su restauración*, Madrid, Imprenta Real, 1829, vol. 2.
- MARTÍNEZ MILLÁN, José y CARLOS MORALES, Carlos J. de (dirs.), *Felipe II (1527-1598). La configuración de la Monarquía Hispánica*, Salamanca, Junta de Castilla y León, 1998.
- MARTÍNEZ MILLÁN, José y FERNÁNDEZ CONTI, Santiago (dirs.), *La Monarquía de Felipe II: la casa del rey*, Madrid, Fundación Mapfre, 2005, 2 vols.
- NOEL, Charles C., "La etiqueta borgoñona en la corte de España (1547-1800)", *Manuscripts*, 2004, 22, p. 139-158.
- RÍO BARREDO, M^a José del, *Madrid, Urbs Regia. La capital ceremonial de la Monarquía Católica*, Madrid, Marcial Pons, 2000.
- RIVERA, J., "Francisco de Salamanca (c. 1514-1573), trazador mayor de Felipe II", *BSEAA*, 1983, 49, p. 297-324.
- RODRÍGUEZ MARTÍNEZ, Luis, *Historia del monasterio de San Benito el Real de Valladolid*, Valladolid, Caja de Ahorros Popular de Valladolid, 1981.
- SAN JERÓNIMO, Juan de, *Memorias* (manuscrito). Publicadas en *Colección de documentos inéditos para la Historia de España*, Madrid, Impr. de la Viuda de Calero, 1845, vol. 7.
- SANGRADOR MINGUELA, Federico, *La iglesia de San Benito el Real de Valladolid*, Valladolid, Impr. de Juan R. Hernando, 1904.
- SEBASTIÁN, S., *Arte y Humanismo*, Madrid, Cátedra, 1978.
- SIGÜENZA, José de, *Tercera parte de la Historia de la Orden de San Gerónimo doctor de la Iglesia*, Madrid, 1605. Se ha utilizado el fragmento titulado *Fundación del Monasterio de El Escorial*, CMC Editor, Valencia, 2010.
- SOTO CABA, Victoria, *Catafalcos reales del Barroco español*, Madrid, UNED, 1991.
- VARELA, Javier, *La muerte del rey. El ceremonial funerario de la monarquía española (1500-1885)*, Madrid, Turner, 1990.